

Tumulto

Hans Magnus Enzensberger

«¡Qué gran libro!»

Frankfurter Allgemeine Zeitung

«Ensayismo de alto voltaje.»

Deutschlandfunk

«Una pequeña obra
maestra.»

Deutschlandradio Kultur

Traducción
Richard Gross



Tumulto

Hans
Enzensberger

Magnus

Traducción de Richard Gross

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES





A los desaparecidos

Apuntes sobre un primer encuentro con Rusia (1963)

Las señas no eran del todo correctas, pero la carta fue a parar a mi buzón: Budal Gar, Tome, Noruega. Los italianos suelen tener dificultades con las letras que faltan en su alfabeto. A primera vista no acerté a descifrar el remite. Consistía en una abreviatura: Comes. «Caro amico»... El hombre que me escribía con esta gentileza se llamaba Giancarlo Vigorelli y firmaba como secretario general y editor de la revista romana *L'Europa Letteraria*. Fue entonces cuando recordé que lo había conocido hacía mucho tiempo. En Italia los talentos como el suyo no escasean. La ambición, la habilidad y las buenas relaciones con distintos partidos políticos le ayudaron a obtener fondos de origen impreciso que aprovechó para crear una organización denominada Comunità Europea degli Scrittori. Las malas lenguas lo comparaban a un empresario de teatro o un director de circo. Pero era injusto, porque sus iniciativas tenían mérito. En plena Guerra Fría no había absolutamente nadie que pusiera tanta diligencia y bondad en salvar, al menos en el terreno de la cultura, los abismos entre los bloques enemigos. De ese modo ya había logrado alguna que otra reunión entre escritores «occidentales» y «orientales».

Lo que tenía en mis manos era la invitación a un encuentro que tendría lugar en Leningrado. No comprendí cómo había recalado en la lista de Vigorelli. Porque en ésta figuraban, según él me explicaba, autores de muchos países, entre ellos algunos de gran calibre. No era en absoluto obvio que Vigorelli hubiera pensado también en los alemanes occidentales. Para nosotros, Leningrado representaba un lugar mítico, por no decir prohibido, situado no en el oriente próximo sino en el oriente lejano: por una parte, un ejército alemán había ceñido, cercado y matado de hambre a esa ciudad veinte años atrás; por otra, Yalta la hizo desaparecer tras un telón de difícil apertura. A ambos lados del Muro de Berlín reinaba un ambiente militante, envenenado por el miedo a que la situación empeorara en la costura de los dos imperios.

Alemania se traducía en dos protectorados: en un lado, la tibia República Federal; en el otro, la «zona», sobre la cual abrigaba yo pocas ilusiones, vacuado como estaba por mi propia inspección del terreno y por lecturas tempranas tales como *Los orígenes del totalitarismo* de Hannah Arendt, *Homenaje a Cataluña* de Orwell y *El pensamiento cautivo* de Czesław Miłosz. Además, me

había surtido de una dosis de nociones básicas de marxismo, ayudado por un jesuita de Friburgo, Gustav Wetter, quien en dos tomos había diseccionado el *materialismo dialéctico* tan esmeradamente como lo hace un caníbal con el lactante del que va a dar cuenta. En plena Guerra Fría este hombre tenía licencia para hacerlo, y muchas de las cosas que su vivisección sacó a la luz me convencieron. Pero lo que me faltaba, y lo que los libros no me podían proporcionar, era la autopsia. Quería ver con mis propios ojos cómo andaban las cosas en el otro bando, y no sólo en las provincias satélite, sino también en la propia Rusia, desde hacía tiempo llamada escuetamente URSS, Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Fue así, pues, como una tarde de agosto (recuerdo que era sábado) aterricé en Leningrado a bordo de un avión ruso. Hasta allí habían viajado Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, Nathalie Sarraute, Angus Wilson, William Golding, Giuseppe Ungaretti y Hans Werner Richter, mientras que por el bando oriental se presentaban Mijaíl Shólojov, Iliá Ehrenburg, Konstantín Fedin, Aleksandr Tvardovski, Yevgueni Yevtushenko, el polaco Jerzy Putrament y el húngaro Tibor Déry. Había venido también alguien de la RDA, un tal Hans Koch, del que sólo se supo que oficiaba de secretario de la Unión de Escritores Germanoorientales. Ingeborg Bachmann, también invitada, canceló su asistencia a última hora, y la presencia de Uwe Johnson fue rechazada categóricamente por los escritores oficiales rusos y de la Alemania del Este.

No obstante, debía de necesitarse algún que otro representante de la República Federal, pues el mundo exterior poco a poco había levantado nuestra cuarentena política. Ahora bien, ¿cuál de los alemanes? Max Frisch habría sido el más idóneo, pero era suizo. ¿Y ese bien conocido Hans Werner Richter? La saga del Grupo 47 se había propagado hasta Moscú. El tema oficial de los debates no era nada comprometedor: «Problemas de la novela contemporánea». ¿Entonces por qué yo, que nunca había escrito una novela? Creo que fue sobre todo mi fecha de nacimiento lo que inclinó a mi favor el fiel de la balanza. Se podía estar seguro de que no cabía esperar de mí ningún detalle desagradable de la época nazi. Además, pasaba, en un sentido vago, por ser de «izquierdas», significara esto lo que significase.

Nunca antes había estado en Rusia. No estaba familiarizado con los usos y las costumbres que imperaban en el país. Como era la Unión de Escritores Soviéticos la que dirigía el evento, se nos consideraba una delegación, por no decir huéspedes de Estado. Fuimos alojados en el mejor hotel de la ciudad, el Europa, junto a la misma perspectiva Nevski. En el vestíbulo se extendían auténticas alfombras del Cáucaso, de Bujará y de Persia. En los sobrecalentados

cuartos de baño había bañeras descomunales con pies de león de hierro fundido. Existía también un jardín de invierno con palmeras. Con su esplendor levemente raído, sus lámparas de araña y sus escritorios macizos, aquella gran casa llevaba mucho tiempo sin ser frecuentada por señores como Turguénev y Chaikovski o, más tarde, por Gorki o Mayakovski. Ahora estaba al servicio de una nueva clase de huéspedes.

Un pequeño quiosco ofrecía periódicos en distintos idiomas, pero tuve que conformarme con el *Neues Deutschland*, *L'Unità* y *L'Humanité*. De las demás gacetas ni fui capaz de descifrar el nombre. ¿Era aquello mongol, armenio o tayiko? Así las cosas, preferí acogerme al *Pravda*, pues incluso mi pésimo nivel de ruso alcanzaba para comprender los titulares, ya que éstos siempre permitían adivinar lo que pregonaban: noticias de éxito sobre la producción o malas nuevas del mundo capitalista. Mi demanda de un plano de la ciudad suscitó incompreensión. En general, nadie parecía interesarse por los mapas. La mera pregunta causaba sorpresa. Sólo los espías andan detrás de tales secretos de Estado.

En cambio, para atender a nuestra «delegación» (integrada únicamente por su jefe, Hans Werner Richter, y yo) había nada menos que dos acompañantes, que no tardarían en revelarse como seres enviados por una fortuna inmerecida. Bien es verdad que esos guías, más que nada, ofician de intérpretes que socorren a los extranjeros balbucientes; pero también les competen otras tareas: deben proteger de cuestiones inoportunas no sólo al huésped, sino también al Estado. Las instancias superiores esperan de ellos informes acerca del comportamiento y del pensamiento del forastero. El primero era Lev Ginzburg, persona bienhumorada, germanista y traductor sumamente preparado, quien no asumiría esa función sino en sus ratos libres. También el otro, Konstantín Bogatiriov, parecía conceder escasa importancia a los deberes oficiales. Ahuyentaba las rimbombancias ideológicas como si se tratase de moscas pesadas. Es más, al poco tiempo se expresaba con tal desprecio sobre el partido gobernante y su ejecutiva que llegué a sospechar que nos habían colocado a un agente provocador. Dada la vigilancia omnipresente, era obvio presumirlo. Pero pronto me convencí de que mi suspicacia estaba fuera de lugar.

Kostia, como se hacía llamar, era un hombre enclenque, casi desnutrido, de unos treinta o treinta y cinco años, cuyo aspecto revelaba que había sobrevivido a años difíciles. Conocía el aparato por dentro y por fuera, sabía con qué sanciones y con qué privilegios podía uno contar, con qué tiendas contaban los privilegiados y cuáles eran los matices que importaban en esta materia. Cuando le inquirí por la causa de su deteriorada dentadura, me dijo con sangre fría que se trataba de un *souvenir* de su reclusión en el campo. Poco a poco, y como si tal cosa, me fue relatando historias sobre aquellos presos, entre

quienes había pasado unos añitos mucho más allá de los Urales. Desde entonces era un entendido en odontólogos. Eso resultó de gran ayuda porque a Hans Werner le asaltó un dolor de muelas que lo dejó dos días fuera de combate.

La verdadera pasión de Kostia nunca había sido la política, sino la poesía. Quizá fue ése el motivo de su perdición, quizá copió y difundió versos prohibidos. Así lo sugería el hecho de que supiera citar de memoria poemas de Ósip Mandelstam, y también las *Elegías de Duino*, de Rilke, e incluso en alemán.

Personajes como él nunca han faltado en la *intelligentsia* rusa. Kostia encarnaba el *ethos* de aquellas personas para las que la poesía estaba por encima de todo, un tipo de culto que no existe en nuestro país desde hace tiempo.

Incluso yo sabía que a San Petersburgo, Petrogrado o Leningrado, esa belleza descuidada, la visita prácticamente en cada esquina el espíritu de la literatura. Sin embargo, de Pushkin, Gógol, Dostoievski, de los hermanos de san Serapio, de poetas como Jlébnikov o Jarms, no se hablaba en los debates que el congreso había puesto en el orden del día.

Konstantín Fedin, un hombre de mucha influencia, presidente de la casi omnipotente Unión de Escritores, despotricaba contra Joyce, Proust y Kafka, los franceses defendían el *nouveau roman*, y los cuadros ensalzaban el realismo socialista. Todo eso fue muy aburrido. Sólo Iliá Ehrenburg, que no figuraba como jefe de los delegados soviéticos, pero actuaba como tal, animaba un poco el cotarro. Nada extraño, pues ya en 1954, con su relato «El Deshielo», se había convertido en el padrino de un primer y tímido periodo de críticas al estalinismo. A los veteranos de la Unión les daba bastante la lata con ese papel. «Nuestros escritores —decía— no escriben malas novelas porque defiendan el socialismo, sino porque Dios no los ha bendecido con el talento. En la Unión Soviética no se ve a la legua a un Tolstói, un Dostoievski o un Chéjov. Pero nos sobran autores sin talento.» Que ciertamente tenía que haber escritores que conectaran con un público millonario, pero la literatura rusa necesitaba también a aquellos otros que sólo escribían para mil lectores. Que a él personalmente nada le decía el *nouveau roman* que allí se elogiaba. Sin embargo, todos deberíamos respetar el derecho al experimento. Fue el punto culminante de la discusión.

Nadie volvió sobre sus argumentos. Él tampoco. Cual cosmopolita, prefirió conversar sobre Alemania con Hans Werner Richter, e incluso se tomó tiempo para mí, un completo desconocido en Rusia.

Pero, al fin y al cabo, un congreso sólo es un congreso. De manera que Kostia y yo emprendíamos algún que otro intento de fuga siempre que podíamos. El tiempo del que disponíamos para nuestras escapadas era justo. Ins-

peccionamos el acorazado *Aurora*, que había estado en servicio durante la Guerra Ruso-Japonesa de 1904-1905. La bandera roja pendía cansina del mástil. El barco me pareció bastante pequeño y como listo para el desguace. Luego, un vistazo al Palacio de Invierno, el lugar donde en noviembre de 1917 se había producido la sublevación o, si se prefiere, el golpe de Estado de los bolcheviques, y a la aguja de oro del Almirantazgo. No se nos concedió más.

En algún momento, quizá el segundo día, debió de celebrarse un gran banquete. Recuerdo que estaba sentado junto a un gigante que lucía el esplendoroso uniforme de almirante de la Armada Roja y un grueso anillo con camafeo blanco. A mi pregunta contestó con risa atronadora que éste representaba la efigie del zar y que él adoraba a Nicolás II. Entretanto había comenzado la cena, con numerosos brindis y los indefectibles vasos de vodka llenos hasta el borde. Sartre, que ocupaba el puesto de honor, no pudo con el alcohol y tuvo que darse por vencido en medio del extenso menú. Un discreto escolta lo puso a salvo. Más tarde se dijo que llamaron a un médico de urgencias, pero no hay que creer todo lo que a uno le susurran en los pasillos.

La última velada fue más distendida. De ello se encargó, si mal no recuerdo, Yevgueni Yevtushenko, que, tres años menor que yo, sabía exactamente dónde estaban los puntos efervescentes de las noches de Leningrado. El lugar al que nos arrastró era una planta de fábrica abandonada, una especie de loft. Había allí un conjunto que no sólo tocaba bailables y melodías *swing*, sino que también hacía gala de la última moda de Occidente. Los *stiliagui*¹ exhibían orgullosos sus chaquetas de piel y sus auténticos o falsos vaqueros. Mientras los mayores se emborrachaban en silencio y con ganas, el mundillo juvenil se entregaba al *twist* hasta el amanecer. Sólo más tarde comprendí cómo aquellos muchachos se mantenían en sintonía: gracias a emisoras como Radio Libération o el Russian Service de la BBC, a ellas les debían su conocimiento de las canciones de Elvis Presley y de los Beatles. Sabían perfectamente cómo burlar las interferencias soviéticas en la banda de onda corta.

La noche del día siguiente el famoso Flecha Roja nos llevó a Moscú. Ese tren de coches cama, en último término, debía su fama a las parejas de amantes desamparadas que, dado lo exiguo de sus viviendas, encontraban pocas oportunidades de felicidad. Y es que, debido al gran ancho de vía, sus compartimentos de dos lechos resultaban no sólo cómodos y acogedores, sino que eran también de acceso libre porque se repartían sin tomar en consideración el estado civil de sus ocupantes. Nadie se quejaba de que el viaje durara diez horas.

En Moscú, los «delegados», en quienes nadie había delegado, enseguida volvimos a ser llevados de la mano. Nos alojaron en el hotel Moscú, en la misma Plaza Roja, frente al Kremlin. Los huéspedes accedían a aquel edificio con forma de armario por un hall exorbitante y mal iluminado, con voluminosas butacas de club desperdigadas por el recinto. De los rincones pendían altavoces que, día y noche, emitían coros lentos y graves. Unos ascensores chirriantes y crónicamente sobrecargados llevaban a los huéspedes a la novena planta, donde una corpulenta celadora los tenía registrados y velaba para que nadie se equivocara de habitación.

Formaba parte del programa una «Lectura de poesía internacional» en la casa de un sindicato. El encuentro fue tan multilingüe que el público poco entendió. Más entretenida resultó una invitación privada de Iliá Ehrenburg. Su vivienda, en la calle Gorki, era tan generosa que me evocó las recepciones en casa de personas residentes en Park Avenue o en la Rue de Varenne. Obras del modernismo clásico adornaban las paredes: aquí un Matisse, allá un Braque o un Vlaminck. El champán lo servían doncellas con cofia blanca, blusa negra y delantalito de encaje bordado. Se ofrecían canapés y *petits fours*. Al anfitrión el intento de evocar pretéritos tiempos burgueses le salió de una forma engañosamente genuina. Le pregunté en francés por su agitada época de París, cuando compartía círculo con Picasso, Modigliani y Apollinaire en el Montparnasse y con Diego Rivera en La Rotonde, y por sus aventuras en la guerra civil española. Como se sabe, era un hombre que había salido indemne de múltiples trances y que siempre había caído de pie. Debo admitir que me gustó mucho, más que Konstantín Símonov, que también estaba entre los invitados. Parecía el amo de una fábrica suaba de maquinaria, muy dueño de sí mismo y muy reservado. De paso me enteré de que el fin de semana había volado con un avión particular a su coto de caza en Siberia. Ehrenburg, en cambio, proyectaba un aire de superioridad, pues tenía en su recámara pensamientos interesantes y perseguía objetivos políticos muy concretos.

En Moscú, nuestra delegación no pudo ver más que el hotel, el mausoleo de Lenin frente al Kremlin y el Parque Popular de los Logros, porque le esperaba una travesía en barco por el río Moscova, que nos llevó hasta su desembocadura con el Oká y que duró casi un día entero. Tuvimos que pasar por una especie de estación fluvial, un imponente edificio de varias plantas coronado por una relumbrante estrella soviética, para llegar al embarcadero y a la nave. Hacía mucho calor. Como no tenía mapa, no entendí hacia dónde viajábamos. Al parecer, la capital estaba conectada con mares remotos, pues en el muelle no sólo atracaban vapores de excursión, sino también mercantes que transportaban su carga hasta el mar Báltico y el Caspio. El complejo sistema de canales del Moscova y el Volga nos condujo por grandes pantanos y enor-

mes esclusas, adornadas por columnas, que se abrían y cerraban automáticamente como movidas por las manos de un fantasma. En cubierta, sentado bajo toldos blancos, disfrutaba. El vino de Georgia y el vodka fluían a raudales. Quedé asombrado por la entereza con que Hans Werner seguía el ritmo en la mesa de los poetas rusos.

Entretanto, había corrido la voz de la que sería la verdadera sensación de la jornada. Nikita Jruschov, el soberano del ingente país, había manifestado su deseo de hablar con los escritores allí reunidos, y posiblemente en su propia casa. Enseguida se desataron cuchicheos barajando quiénes formarían parte de los elegidos y quiénes no.

Como siempre, me faltó resistencia ética y gastaba un ruso demasiado frágil como para haber podido participar en esas especulaciones. Me encontraba apoyado en la borda cuando un hombre de unos cuarenta años se dirigió a mí en inglés. Parecía interesado por saber cómo yo, siendo nuevo y estando al margen, veía la situación política del país. Mencioné el famoso deshielo y dije que evolucionaba desde hacía años según el principio del *pare y siga*. El jefe se había propuesto sacar el imperio de su parálisis, romper sus fijaciones, pero en cierto modo eso ocurría de forma peristáltica, a impulsos, a golpe de bocados de difícil digestión. Por tanto, nadie sabía exactamente en qué acabaría el intento. Éste provocaba un vaivén de esperanzas y miedos, no sólo entre la *intelligentsia* sino probablemente en toda la población. El hombre me escuchaba, al parecer divertido, y comentó que no andaba del todo equivocado.

Luego, el leal Kostia me dijo en un susurro que mi interlocutor se llamaba Alexéi Adzhubéi. Sumido en la ignorancia, el nombre no me decía nada. Me asusté bastante al saber que aquél con quien había hablado tan francamente era el yerno de Jruschov y el director del periódico gubernamental *Izvestia*.

En el programa todavía figuraba una excursión de un día, en autocar, a un lugar sagrado: la casa de Tolstói en Yásnaia Poliana, a sólo doscientos kilómetros al sur de Moscú, lo que en términos rusos significa una distancia corta. Allí todo parece como si el dueño de la casa acabara de salir de su estudio. Las zapatillas están listas, el tintero sobre el escritorio está lleno. Descubrí, encima del mueble, un periódico de 1910 y varias cartas que el destinatario, presumiblemente, ya no leyó. En aquel museo restaurado con esmero uno se mueve como en un viaje por el tiempo. Tan perfecta es la puesta en escena que cuesta admitir la verdad: que, naturalmente, se trata de una enternecedora falsificación.

El 13 de agosto llegó el gran momento. Entre los escritores invitados que a tempranas horas de la mañana acudieron al aeropuerto para volar a Sochi a bordo de un avión especial también estaba yo. Ahora ya estaba claro quiénes figuraban en la misteriosa lista de invitados. Aparte de los hachas —Shólojov, Tvardovski y Fedin, Sartre, Beauvoir y Ungaretti—, estaba el inevitable instigador Vigorelli. Aunque del propio país venían algunos escritores de mérito de la Gran Guerra Patriótica, a los autores de renombre había que buscarlos con lupa. En cambio, había toda clase de cuadros y presidentes de asociaciones rusas, búlgaras y rumanas. ¿Quiénes faltaban y por qué? ¿Dónde estaban Ehrenburg y Yevtushenko? Me estremecí al ver a Alexéi Adzhubéi, el yerno con el que conversé de manera tan imprudente durante el recorrido fluvial. ¿Y qué había pasado con Hans Werner Richter? ¿Por qué había desaparecido? Temí que pudiera pensar que yo había metido la mano. Nada más lejos de mi intención, puesto que estaba deseoso de esconderme detrás de él.

Luego nos desplazamos a Gagra, a la villa de Jruschov. Anoté lo que sucedió allí los días 13 y 14 de agosto de 1963.

El anfitrión sale de la casa, lentamente, con paso corto, remando con los brazos, es un hombre viejo al que el cuerpo ya le da guerra. Antes que ilusión, su calma expresa paciencia. Apenas se ha detenido, comienza una ceremonia de presentaciones, de apretones de mano, de abrazos, que se parece a un teatro de aficionados. La dirección escénica está improvisada; la sonrisa, libre de protocolo. Los gestos tienen un punto de torpeza. Los nombres y los idiomas de los invitados son extraños, y aún más lo es su conducta. Son intelectuales, personas con mucha trastienda. Hay que creerles capaces de ironía. El respeto que ostentan esconde reticencia, soberbia, quizá animadversión. Esta visita es fastidiosa. Son tábanos.

El trato que el hombre les dispensa no carece de dignidad. La elegancia rústica va más allá de la camisa bordada. Ayuda a salvar ciertos trances. Contra la burla furtiva, la astucia de pasarla por alto. También la casa, el parque y el entorno sirven de ayuda. Esa gente cosmopolita lo contempla todo con mirada incidental, asiente a la arquitectura moderna, mira con envidia los árboles fragantes y la extensa playa desierta. En el dueño de la casa asoma una pizca de orgullo. Presenta la cristalera que se despliega accionada por un motor oculto.

Casi se basta sin escoltas. A los visitantes no se les cachea. Ésta es una valentía simpática, sin aspavientos. Las salas son demasiado grandes para el hombre que las habita. Le falta el instinto de la riqueza. Hay pequeños objetos, no previstos por ningún arquitecto, que distorsionan el conjunto: un sór-

dido reloj de pared, un cenicero rosa fuera de lugar. Además, la casa está demasiado ordenada, no echaría de menos al habitante y se entregaría a cualquier sucesor. El anfitrión no manifestó ningún deseo particular, no fue él quien eligió la madera. Los muebles proceden de la serie más cara de los combinados industriales. Uno los encuentra también, y del mismo color, en los halls de los hoteles de la capital.

En una reducida sala de conferencias todos toman asiento. El anfitrión no establece ningún orden, no se ha preparado expresamente. Movimiento de sillas. Breve lapso de desconcierto, luego los huéspedes toman la palabra. No están más seguros que quien los escucha. Se les ha avisado; se les ha dado a entender, en privado, que no tratarán con un interlocutor culto. Así que nada de extranjerismos, por favor, usen un tono llano. Y cuidado con la irascibilidad del gran hombre de pequeña estatura.

Durante tres minutos, respectivamente, hablan toda suerte de prohombres. Sus agradecimientos, sus palabras encomiásticas, sus declaraciones de compromiso resultan una pizca demasiado floridas, demasiado desinhibidas. El anfitrión no les cree. Tiene el oído preciso. Sartre, con sus treinta palabras, no asume ningún riesgo, se mantiene a la expectativa, por no decir manso como un cordero, una actitud que contrasta por completo con la que adopta en Francia, donde de buen grado ofrece ante el poder pruebas de valentía exentas de riesgo. El único en mostrar un ápice de bravura es el polaco Jerzy Putrament. Reclama mayor espacio de maniobra para los autores soviéticos.

Ya en esa escena tengo la impresión de que el anfitrión es superior a sus huéspedes. La mayoría de éstos, extrañamente agitados, cuando todavía estaban en el autocar, ¿no habían ajustado sus corbatas, cambiado de camisa, dado una y mil vueltas a detalles protocolarios? El anfitrión no tiene necesidad de nada similar. Es consciente de su ventaja.

Esto se observa en cuanto los conciliadores discursos domingueros llegan a su fin. Otro momento de incertidumbre. Luego el primer secretario del Comité Central se levanta vacilando y se dispone a hablar. Los intérpretes corren las sillas. Que sólo quiere decir unas palabras, dice casi disculpándose. Al principio parece inseguro. Imagino que con los suyos trata de otro modo, que con ellos bebe y que alguna vez incluso gritará.

Sigue un discurso de cincuenta minutos ajeno a toda coherencia lógica y argumentativa. El hombre comienza sereno, un poco entrecortado, se enfervoriza, arrastra ejemplos y anécdotas, acelera la dicción, llega a un giro imprevisto y de pronto se interrumpe. Él mismo parece sorprendido de lo que ha dicho. No quiere desdecirse, pero tampoco va a dejarlo sin modificar. Aún no sabe cómo seguir, pero ya se le ocurrirá algo. Paciencia. Y paciencia no le falta. Espera, cruza las manos. Son los otros los que se ponen nerviosos, temen que el

orador se haya encallado. Treinta segundos. Entonces sale otra frase. Lo hace a bocajarro, arrancando en un punto en el que nadie había pensado. Su coherencia sólo se adivina a posteriori o no se capta en absoluto, las asociaciones de ideas dan saltos de liebre. ¿Ingenuidad abismal y desarmante? Únicamente en los oyentes más pánfilos cunde cierta sensación de que ellos lo saben hacer mejor. Se equivocan, porque apenas ni una de aquellas afirmaciones aparentemente tan simples es descabellada. Casi todas contienen algo cierto, a veces incluso algo subliminal. El discurso de Juschov no apasiona; da que pensar por su sentido común y su astucia, su coraje y su olfato para lo posible. En el plano verbal tiende a reducir lo desconocido a lo conocido. Voz acompasada, léxico parco, sintaxis minimalista. Los arranques retóricos se le atragantan y resultan faltos de credibilidad, de lo que el orador enseguida se da cuenta. Tampoco su indignación resulta fresca, emerge como si le hubiera venido a la mente por centésima vez. No comprende por qué habría de repetir una y otra vez cosas tan claras. Sus verdades no son numerosas, pero está seguro de ellas. Rara vez duda, y es precisamente por eso por lo que son tan conminatorias para quien las tiene.

Todo esto se pone de manifiesto cuando el anfitrión, por lo visto sin motivo aparente, empieza a hablar de Hungría. Nadie de los que le precedieron en la palabra ha mencionado la sublevación magiar de 1956. Pero en la mesa está Sartre, quien a las alocuciones de saludo de los demás sólo ha añadido una frase escueta y anodina. Lo que ahora nos toca oír es un intento de justificación. Presentado de forma prolija y desmañada. «Si nuestra intervención fue un error, yo soy el principal culpable. Pero hoy, siete años después, cualquiera puede verlo: no fue un error.»

Coge el toro por los cuernos, hace visibles las diferencias en vez de disimularlas. Tengo la impresión de que se toma a mal la prudencia de los huéspedes, su afán acomodaticio. Es cierto que quieren algo de él: espacio de maniobra para los autores soviéticos, la posibilidad de viajar al extranjero, de hacer exposiciones, de publicar. Y quizá también él quiera algo de nosotros: apoyo mediático a su definición de la coexistencia pacífica y a sus iniciativas de desarme. Con todo, no duda en confrontarnos con el capítulo más tenebroso de su gobierno. La herida húngara no se ha cerrado. Saca a la luz lo que no acaba de cicatrizar. No sólo trata de convencernos a nosotros, sino también a sí mismo. No finge «buen tiempo» como Vigorelli, Ungaretti y Sukov. Eso quiere decir, sin duda, que nos tiene más respeto que nosotros a él.

Por lo demás, es el único episodio en el que se nota su implicación emocional. Tras una pausa vuelve a entregarse a sus meándricas asociaciones de ideas y habla de lo divino y lo humano rozando la confusión y la charlatanería. Más tarde, unos altos cargos me confiesan que su locuacidad es para ellos